

**TEXTOS ESCRITOS DESDE LA
EXPERIENCIA**

**TALLER DE NORMA Y ESTILO EN LA REDACCIÓN
UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA**

María Cristina Abad

María Teresa Alarcón

José Ángel Alcubierre

Vicente Álvarez

María Luisa Gracia

Blanca Laseca

Eloy López

María del Carmen Mata

Blanca Morondo

Isabel Pallas

José Ignacio Peñalva

ÍNDICE

Páginas

| | |
|--|----------|
| PRÓLOGO..... | 1 |
| TEXTOS..... | 3 |
| - <i>Las aventuras de Toni</i> , por María Cristina Abad..... | 3 |
| - <i>Las dos vasijas</i> , por María Teresa Alarcón..... | 8 |
| - <i>Los vividores</i> , por José Ángel Alcubierre..... | 9 |
| - <i>El submarino “amarillo” Tonina</i> , por José Ángel Alcubierre..... | 10 |
| - <i>La pareja</i> , por Vicente Álvarez..... | 11 |
| - <i>El campesino solidario</i> , por María Luisa Gracia..... | 14 |
| - <i>La sabiduría de vivir</i> , por María Luisa Gracia..... | 15 |
| - <i>Fantasia de ensueño</i> , por Eloy López..... | 17 |
| - <i>El viejo, el burro y el saco de cebada</i> , por Eloy López..... | 21 |
| - <i>Cuchita</i> , por Blanca Laseca..... | 25 |
| - <i>La duda</i> , por María del Carmen Mata..... | 26 |
| - <i>Historia de Pitulí</i> , por María Blanca Morondo..... | 27 |
| - <i>¡¡Aquí me las den!!</i> , por Isabel Pallas..... | 31 |
| - <i>El destino</i> , por José Ignacio Peñalva..... | 33 |

En este pequeño documento se han plasmado algunos de los textos escritos por los alumnos del Taller *Norma y Estilo en la Redacción* de la Universidad de la Experiencia de Zaragoza durante el curso académico 2011/2012.

Presentamos catorce textos pertenecientes a once autores diferentes. Todos ellos forman parte del género (o subgénero) literario del cuento. En esta edición podemos encontrar una preponderancia de los cuentos realistas, con personajes de diversas edades, pertenecientes tanto a ambientes rurales como urbanos. Los animales tienen también una importante presencia, fieles acompañantes de los humanos en unos casos, intrépidos protagonistas de sus propias aventuras en otros. La inclusión de enseñanzas moralizantes es, asimismo, otro de los rasgos destacados de esta colección de cuentos, como podrá comprobar el lector.

María Cristina Abad nos ofrece una tierna historia basada en el amor y respeto de un niño por los animales y por la naturaleza en general.

María Teresa Alarcón nos enseña cómo convertir un defecto en una virtud a partir de la historia de un hombre que transporta agua en dos vasijas.

José Ángel Alcubierre ha escrito dos textos muy diferentes. En el primero habla de los peligros a los que se exponen quienes pretenden divertirse sin pagar los costes económicos correspondientes. El segundo es una reflexión acerca de la importancia de realizar el trabajo de forma competente, suscitada a partir de la construcción de un submarino.

El cuento de Vicente Álvarez nos muestra cómo la monotonía puede llegar a la vida en pareja cuando la rutina se instala en ella.

María Luisa Gracia nos ofrece dos relatos muy diferentes desde el punto de vista temático y estructural, pero ambos con personajes entrañables. En el primero nos cuenta qué hizo un rey para comprobar si sus vasallos eran solidarios o no. El segundo gira en torno a la eterna y maravillosa complicidad entre abuelos y nietos.

Eloy López, en su primer cuento, narra una experiencia muy ligada a la naturaleza y a la sensualidad, con una prosa muy sensorial. Su segundo texto, enmarcado también en un ambiente rural, nos advierte de los peligros de la avaricia.

Blanca López nos deleita con una oda en prosa a Cuchita, un animal cuya pequeñez y delicadeza contrastan con el enorme cariño que suscita.

El cuento de Blanca Morondo narra las aventuras en el bosque de Pitulí, un travieso pajarito que aprenderá la importancia de obedecer a sus padres, así como la dificultad que entraña identificar la verdadera amistad.

Isabel Pallas también ha escrito un texto protagonizado por animales, en este caso por una familia de patos que afronta las adversidades de la vida con valentía.

Por último, José Ignacio Peñalva nos invita a reflexionar junto a Silvia, la protagonista de su texto, acerca de la posible existencia del destino.

Para finalizar este prólogo, me gustaría expresar mi más sincera gratitud a mis alumnos, incansables colaboradores de mi labor docente, que, con su inagotable interés, su amabilidad y su cariño, han convertido mi trabajo en una experiencia digna de ser recordada, mencionada y agradecida.

Elisa González Ramos

LAS AVENTURAS DE TONI

por

María Cristina Abad

En una casa de la montaña vivía con sus padres un niño de 7 años de pelo negro rizado. Era muy movido, natural a esta edad, le gustaba salir a dar paseos por los alrededores de la casa montando a Freno, su caballo, acompañado de la perra de la familia, llamada Lana, compañera inseparable de juegos y travesuras.

El paraje tenía muchos árboles y un lago con gansos, patos y peces.

Casi todos los días, el niño, junto con Freno y Lana, solía hacer excursiones por los alrededores, pero sin alejarse demasiado, pues sus padres le habían advertido del peligro que suponía perderse en la montaña. Podía ir a donde quisiera siempre que él pudiera divisar desde el lugar elegido la casa de sus padres, con el fin de que pudiera regresar sin peligro de extraviarse.

Cierto día en el que estaba el cielo muy nublado, salieron de excursión los tres, no se alejaron demasiado y lo estaban pasando muy bien, cuando, de repente, un trueno enorme asustó a Freno, que salió al galope en dirección al bosque. Toni, asustado, lo llamó, pero al ver que continuaba galopando sin oírle, corrió tras él seguido de Lana. Mientras corrían, el niño continuaba llamando al caballo para que se detuviera, pero el animal no le oía y seguía galopando. Por fin se detuvo a tomar aliento y le pudieron dar alcance. Al ver lo nervioso que se encontraba, se le acercó para acariciarle el lomo y así tranquilizarlo. Cuando lo consiguió, se sentó para recobrar el aliento perdido y así poder descansar un poco los tres.

Mientras estaba sentado, se giró para mirar a su alrededor. El lugar no le parecía conocido, nunca se había alejado tanto. Un poco asustado, se puso en pie y avanzó unos metros. Entre los árboles, al fondo, divisó una gruta oscura. Por precaución le dijo a Lana: “¡A ver qué encuentras en la cueva!”, pero la perra no se movió, como si estuviera sorda... ¡ni caso! Entonces el niño miró a los dos animales y dijo: “Está bien, iré yo solo, ¡vaya par de cobardes!”

Freno soltó un relincho y miró a la perra. Esta, refunfuñando, siguió a distancia a su amo sin que este se percatara. Poco a poco, conforme se acercaba a la gruta, el temor le fue poniendo la carne de gallina. Era muy profunda y los techos eran tan altos que apenas los distinguía debido a la falta de luz. Toni siempre llevaba consigo una linterna por consejo de sus padres. La encendió y continuó adentrándose. De pronto, le pareció oír algo en el fondo. Muerto de miedo, se paró a escuchar, pero no oyó nada, así que siguió caminado hacia el interior. De nuevo escuchó otra vez el mismo sonido. Esta vez estaba seguro, había algo.

Decidido a salir lo más rápido posible de allí, se volvió hacia la salida y tropezó con Lana, que le había seguido tan de cerca que casi la pisa, ¡qué susto se llevó!, el pobre no sabía lo que tenía detrás. Cuando la vio, se abrazó a ella diciéndole: “Menos mal que estás tú aquí porque casi me muero del susto!, ¿has oído lo mismo que yo?” La perra asintió con la cabeza y le lamió la mano como diciéndole: “Tranquilo, que aquí estoy yo, que tengo tanto miedo como tú”.

Lana empujaba al niño en dirección al fondo de la cueva, pero este no se movió, fue ella la que siguió adentrándose para que el niño la siguiera, y claro, lo consiguió. Al poco de caminar, volvió a sonar otra vez el mismo ruido, pero esta vez, en lugar de asustarse, se quedaron intrigados y con ganas de saber a qué se debía aquel sonido.

Por fin vieron que algo se movía en el rincón, se acercaron despacio y la sorpresa de ambos fue tremenda. Allí se encontraba un pequeño osito, temblando de frío y miedo. Toni intentó acercarse al animalito, pero este retrocedió gruñendo. Entonces fue Lana quien se acercó y le lamió una patita. Este no se movió y la perra se tumbó junto a él para ver su reacción.

Como había dejado de gruñir, el niño se acercó y esta vez el osito no gruñó, así Toni pudo ver que una pata la tenía herida, sin duda había sido presa de las trampas que ponen los cazadores sin permiso. Ante aquella herida no sabía lo que tenía que hacer.

Primero pensó en volver a casa a pedir ayuda a sus padres, ellos seguro que tenían la solución, pero recordó que con la tormenta se habían alejado tanto que quizá no encontrase el camino de regreso y esto le asustó todavía más.

Freno no había entrado en la cueva, por lo tanto estaría afuera esperando, silbó una vez, otra, otra... nada. Lana ladró todo lo fuerte que sabía y tampoco resultó. Se miraron el uno al otro y el pequeño exclamó: “¡Estamos solos y tenemos que salir de esta gruta cuanto antes y no sé qué camino debemos seguir para regresar a casa!” Toni

tomó al osito con mucho esfuerzo, ya que le pesaba demasiado, y comenzó a caminar hacia la salida, pero, de pronto, oyeron el relincho tan esperado de Freno. No parecía que viniera de la salida, más bien al contrario, les llegaba del fondo de la gruta. Miró a su alrededor y dijo a Lana: “El sonido viene del mismo lugar por el que hemos entrado, pero el eco nos está confundiendo, en las grutas suele pasar esto, me lo contó papá”. La perra le miró y se sentó en el suelo a esperar.

Un nuevo relincho sonó más cerca de lo que había sonado el anterior. Lana se levantó y caminó hacia el fondo.

“¡Lana, vuelve aquí!”, gritó Toni, pero la perra continuó caminando sin hacer el menor caso. Al ver esto no le quedó más opción que seguirla, aunque despacio, pues el osito le pesaba demasiado. Al poco rato vieron una claridad que entraba por una abertura en la roca. Se acercaron y descubrieron un agujero por el que asomaba la cabeza de Freno.

La alegría fue enorme, resulta que el caballo había encontrado una salida de la gruta, pero, ¿adónde conducía? Sin pensárselo, saltaron por el hueco para salir de la cueva. Una vez en el exterior, se dieron cuenta con gran sorpresa de que estaban en la parte alta de la loma que circundaba su propia casa, un lugar muy conocido por el niño, ya que desde su ventana veía aquel lugar todos los días, pero nunca imaginó que entre esos árboles hubiera una gruta.

Descendieron con mucho cuidado por la montaña llamando a gritos a sus padres, los cuales se asustaron mucho al verle con el osito en brazos.

Una vez en casa les explicó lo ocurrido por la tormenta, y cómo habían descubierto la gruta, cuya existencia desconocía su padre, ya que tanto la entrada como la salida estaban ocultas por los inmensos árboles del bosque.

El padre de Toni pensó que le vendría muy bien la cueva para guardar leña para todo el invierno, y como la parte de atrás quedaba muy cerca de la casa, no tendría que trasladar la leña desde tan lejos como lo había estado haciendo hasta este momento.

Una vez todo aclarado, la mamá tomó al osito y le curó como pudo la pata, se la limpió y vendó cuidadosamente, y le hizo beber un poco de leche y miel, ya que debía de llevar un tiempo sin comer debido a la herida y a su permanencia en un rincón de la cueva, escondido, sin nada que llevarse a la boca.

Más tarde, lo llevaron al veterinario del pueblo para que lo examinase antes de pensar en qué podían hacer para devolverlo con su madre, ya que, por aquellos lugares, no acostumbraban a ver muchos osos, solo en raras ocasiones. En un principio el niño

estaba convencido de que sus padres le permitirían quedarse con el cachorro hasta que fuera adulto, pero su padre le explicó el peligro de tener un animal salvaje en casa, pues no están acostumbrados a convivir con los seres humanos, sino en manada y libertad.

Pocos días después, un leñador de un pueblo cercano fue a la casa de los padres de Toni para indicarles que había visto una manada de osos cerca del río, por lo que podían llevar al cachorro allí para que se uniera con sus semejantes.

El niño pidió a su padres permiso para acompañarle a devolver al osito, pero este le explicó lo peligroso que podía resultar si los osos adultos se percataban de su presencia, ya que no acostumbran a ser muy amigables con los humanos, y todavía empeoraría la situación el hecho de que el cachorro estuviese herido, pues podrían pensar que la herida de la pata era obra de ellos.

Al darse cuenta de lo importante que era esta misión para su padre, Toni le prometió que no haría ningún ruido y obedecería todo lo que él le dijera, pero quería despedirse de este inesperado amigo como fuera.

A la mañana siguiente se encaminaron con el osito hacia el lugar donde había dicho el leñador haber visto los osos adultos. Eran todos enormes y esto atemorizó a Toni. Era la primera vez que los veía de tan cerca. Su padre le tranquilizó: “Verás, si te quedas quieto, yo me acercaré un poco y dejaré al pequeño en el suelo”. Así lo hizo, se acercó a un árbol y depositó el cachorro en el suelo, pero el poco ruido que hizo alertó a los osos adultos, que, de inmediato, fijaron su atención en los movimientos del padre de Toni. Este, alejándose con el mayor cuidado del cachorro, tomó al niño de la mano y se ocultó tras un gran árbol, conteniendo la respiración.

Un enorme oso se encaminó hacia el chiquitín y lo olisqueó con esmero. Al poco comenzó a lamerlo, sin duda era su madre, lo tomó con la boca por el pescuezo y se lo llevó donde se encontraba el grupo. Allí lo depositó en el suelo y todos juntos comenzaron a alejarse despacio, internándose en lo frondoso del bosque.

Aquella noche, Toni no podía quedarse dormido pensando en todo lo que había sucedido desde el día de la tormenta. Lo mismo parecía ocurrirle a Lana, que dormía en una cesta cerca de la entrada de la habitación del niño.

Como no podía dormir, saltó de la cama y salió al pasillo, pero su madre le oyó y le previno: “¡Vamos , Toni, a dormir, que es muy tarde y mañana no te levantarás a tiempo, tenemos que ir al pueblo a comprar algunas cosas!”

De nuevo se acostó y poco después se quedó dormido como un angelito. Habían pasado demasiadas cosas para su edad y las emociones le habían producido un buen cansancio.

LAS DOS VASIJAS

por

María Teresa Alarcón

Un aguador de la India tenía dos grandes vasijas que colgaba en los extremos de un palo y que llevaba sobre los hombros. Una tenía varias grietas por las que se escapaba el agua, de modo que, al final del camino, solo conservaba la mitad, mientras que la otra era perfecta y mantenía todo su contenido. Esto sucedía diariamente. La vasija sin grietas estaba muy orgullosa, pues se sabía idónea para los fines para los que fue creada. Pero la pobre vasija agrietada estaba avergonzada de su imperfección y de no poder cumplir su cometido, así que le dijo al aguador:

– Estoy avergonzada y me quiero disculpar contigo porque, debido a mis grietas, solo obtienes la mitad del valor que deberías recibir por tu trabajo.

El aguador le contestó:

– Cuando regresemos a casa quiero que mires las bellísimas flores que crecen en el camino.

Así lo hizo y vio muchísimas flores hermosas a lo largo de la vereda. El aguador le comentó:

– ¿Te diste cuenta de que las flores solo crecen en tu lado del camino? Quise sacar el lado positivo de tus grietas y sembré semillas.

LOS VIVIDORES

por

José Ángel Alcubierre

Víctor era poco trabajador y gran aficionado al buen comer y beber; como el pueblo no le gustaba mucho, se bajaba a la ciudad, y para que no le costasen mucho dinero sus juergas, pensó que igual sería fácil hacerse pasar por invitado en las bodas.

Como le salió bien en varias ocasiones, se dijo que lo mejor era decírselo a dos amigos de su “peña” y así lo hizo.

Cada sábado se ponían su mejor traje –solo tenían uno– y a coger el coche de línea.

Una vez en la ciudad, escogían la boda que más les gustaba y así estuvieron en unas cuantas, hasta que un camarero los descubrió: dado que no eran personajes famosos, era demasiada coincidencia que se los encontrase en tantas bodas.

Ese día el camarero les preguntó a los novios y a los padres de los mismos si conocían a los personajes en cuestión. Se montó un gran escándalo y se abalanzó sobre ellos parte de los invitados, pero el camarero salió en su defensa, y le dijo a la multitud que los dejara de su cuenta. Luego llamó al resto de sus compañeros y les propinaron tal paliza que a alguno le costó alguna fractura y posterior ingreso hospitalario.

Nunca más volvieron a salir del pueblo.

EL SUBMARINO “AMARILLO” TONINA

por

José Ángel Alcubierre

Este submarino fue conocido durante su construcción como el submarino amarillo por la cantidad de fallos que se fueron produciendo durante su montaje. Se le puso “amarillo” haciendo alusión a la canción de los Beatles.

En el momento de la botadura todos estos fallos parecían resueltos, hasta que llegó el día de efectuar su primera singladura. Entonces todo fueron problemas; de regreso a puerto se intentaron corregir los fallos, las pruebas en vacío salieron bien. Sin embargo, las que se hicieron en alta mar dieron resultados negativos.

El capitán era una buena persona, pero no se enteraba de nada. La tripulación tenía miedo de que llegasen las pruebas de inmersión.

Se agotó la espera en el Ministerio de Marina y sustituyeron al capitán por alguien de otro talante distinto, y en un mes toda la tripulación estaba haciendo las cosas bien y hasta las pruebas a 800 metros de profundidad fueron positivas.

Ya nunca más se le llamó “el submarino amarillo”.

Esto demuestra que rectificar es de sabios.

LA PAREJA

por

Vicente Álvarez

El sr. Valdés observa a la pareja durante un buen rato. Su mesa no está lejos y puede ver bien a ambos. No están sentados uno frente al otro sino uno al lado del otro. Mala señal, piensa él. Quien así se sienta no tiene, en principio, mucho que decir, ni cree que haya mucho que decir. Quien así se sienta no tiene muchas ganas de mirar al otro.

En cualquier caso, mejor para él, pues así puede observar mejor a la pareja. La mujer bebe un vaso de vino blanco, probablemente Chardonnay; el hombre, una cerveza de trigo. La mujer lee la carta.

Aparentemente, no sabe qué pedir, no sabe por qué decidirse. Típico, las mujeres no saben nunca lo que deben pedir; buscan y buscan y al final siempre preguntan: “Y tú, ¿qué tomarás, cariño?”

Seguro que le pregunta: “Y tú, ¿qué tomarás, cariño?” El Sr. Valdés está seguro de ello y sigue pensando. Él responderá: “El steak, querida, el rindersteak, médium”. Ella dirá: “No tengo ninguna gana de steak”. “No tienes por qué comer steak tú también”, susurrará él, ligeramente agresivo, “lo pediré yo, no tú”. La mujer callará y mirará de nuevo la carta. Seguro que tomará pescado, “Filete de dorada, y, por favor, con ensalada y sin patatas fritas”.

Ella sigue leyendo la carta, concentrada. Podría decidir, aunque parece que ya está todo decidido. Pero, al menos, está entretenida. Él se aburre y mira su reloj. Tiene hambre.

El sr. Valdés cierra los ojos un momento y los vuelve a abrir. ¿Qué ha pasado anteriormente con la pareja? Puede imaginárselo todo exactamente, pues ve la escena como en una película.

Hace una hora estaban los dos en casa. Los niños estaban con la abuela. De repente una velada sin niños.

– ¿Qué hacemos? Podríamos hacer algo –dice ella.

- Sí, ¿por qué no? ¿Qué ponen en el cine?
- Ni idea, pero para la sesión de las ocho es ya muy tarde y para la de las diez creo que estoy demasiado cansada. Es muy tarde para todo: para el teatro, para el concierto y también para visitar a los amigos.
- ¿Por qué no vamos a cenar? Tengo hambre –apunta él.
- Sí, ¿por qué no?, ¿adónde?
- A ese restaurante japonés que hace tiempo queremos probar.
- Cierto, pero está muy lejos y necesitaríamos el coche. Y japonés hoy...no me apetece mucho. ¿Qué tal si fuéramos al Paraíso? –propone ella.
- Seguro que está lleno. Siempre hay que reservar.
- ¿Crees tú?
- Seguro. Siempre es así. Pero si quieres podemos...
- No, no merece la pena –dice ella.
- ¿Entonces...?
- Propón tú algo. Estaré de acuerdo, de verdad.

El sr. Valdés sonríe. Tiene la escena tan clara...

- ¿Y si fuéramos al Dragón? –sugiere él.
- ¿Al Dragón? Otra vez pizza...
- No, no. Hay muchas otras cosas, no tiene por qué ser pizza.
- Bueno, de acuerdo, ¿por qué no? –asiente ella.

El sr. Valdés los mira de nuevo. El hombre vuelve la vista. Sus miradas se encuentran y ambos se miran fijamente a los ojos; quizá debería hacerle un guiño, una muestra de solidaridad. Dos hombres, dos cómplices, sin palabras. Los hombres no necesitan hablar. Pero el hombre retira la vista y también lo hace el sr. Valdés. Al mismo tiempo.

En ese momento no puede evitar que pase por su mente, como un relámpago, la historia de su propio matrimonio: 10 años casados, ambos trabajando, dos hijos, algunos –no muchos– amigos, y ya pocas cosas de que hablar.

De repente, el sr. Valdés oye una voz:

- Y tú, ¿qué tomarás, cariño?
- El steak, querida, el rindersteak, médium
- No me apetece el steak, ni siquiera con patatas. No, gracias –piensa ella en voz alta.
- No tienes por qué tomar steak...puedes tomar pescado –dice el sr. Valdés a su esposa–. El pescado aquí siempre es bueno.

– ¿Tú crees? No estoy segura...

Ahora ella se vuelve hacia él, lo mira y le dice:

– Dime querido, ¿qué te pasa? Hablas tan poco. Y ¿por qué estás todo el rato mirando al espejo? ¿Hay algo en él?

– Ah, no –dice el sr. Valdés, mientras alza su cerveza y mira de nuevo el gran espejo de la pared de enfrente.

– Salud, Susana.

– Salud, Jorge

Seguro que tomará la dorada, piensa él. Completamente seguro.

EL CAMPESINO SOLIDARIO

por

María Luisa Gracia

Érase una vez un país muy pequeño, cuyo rey quería saber si sus súbditos eran solidarios y ayudaban a los demás.

No se lo pensó dos veces e hizo lo siguiente: colocó una gran piedra obstaculizando un camino. Se escondió y esperó para ver si alguno de los que pasaba quitaba la tremenda piedra y dejaba la vía libre.

Muchos fueron los que pasaron, miraron y dieron un rodeo para evitar la roca. Otros culparon y criticaron al rey por no tener los caminos limpios y arreglados, pero ninguno de ellos hizo nada para apartar la piedra.

Cuando ya habían pasado unas horas, se acercó un campesino cargado con un gran saco lleno de verduras. Al ver el camino cortado, dejó su carga en el suelo y empezó a empujar la piedra.

Después de mucho empujar y con una gran fatiga, logró despejar el camino, pero cuál fue su sorpresa cuando vio, justo debajo de donde estaba la piedra, una bolsa llena de monedas de oro, que el propio rey había dejado en recompensa por su buena acción.

Moraleja: Toda buena obra siempre tiene su compensación.

LA SABIDURÍA DE VIVIR

por

María Luisa Gracia

Miguel estaba jugando con su coche teledirigido cuando, de repente, vio a su abuela y corrió hacia ella, que lo observaba divertida.

– Abuela, abuela –exclamó–, quiero que me cuentes alguna historia de cuando tú eras pequeña.

Lo acercó hacia ella y, acariciándole la cabeza, la anciana comenzó a hablar:

– Sí, Miguel, te voy a contar cómo eran mis veranos cuando era niña. Cuando en el colegio terminaba el curso y daban comienzo las vacaciones, tus bisabuelos me llevaban en un viejo tren, que hacía paradas en casi todos los pueblos, a casa de mi abuela María, que vivía en una pequeña ciudad. Yo me sentía muy muy contenta, ya que con ella era la niña más feliz del mundo.

Su casa era muy humilde, tenía tan solo unos pocos muebles, pero no vayas a pensar que era fea. No. Daba gloria verla y sentirla, todavía noto el aroma de las verduras frescas, de las clave lineras en las ventanas. Ella, además, la tenía limpia como el oro y conseguía que fuera una casa muy acogedora.

– Oye, abuela, ¿y no tenía televisión? –preguntó con preocupación Miguel.

– No, Miguel, no existían los televisores ni sabíamos qué eran. Ni nos hacían falta. A cambio de eso, yo hablaba mucho con mi abuela, me narraba muchas historias, con ella aprendí canciones, refranes, oraciones y cualquier momento era bueno para estar juntos: unas veces, cuando les dábamos de comer a sus animales (gallinas, pollos, conejos...), otras, después de merendar, sentadas en las sillas de enea, también en los largos paseos acompañadas de su perro, Tuso, que corría y jugueteaba conmigo.

¿Sabes lo que ella conseguía siempre? Que yo durmiera la siesta, y todavía no he logrado saber cómo lo hacía, creo que era con el cariño con que se recostaba a mi lado.

Lo que más contenta me ponía, porque podía ayudarlo, era cuando íbamos al parque donde había, y hay todavía, una pequeña biblioteca en la casita de Blancanieves

y los siete enanitos. Allí yo podía leer cuentos y también leérselos a ella, porque he de decirte, Miguel, que mi abuela María no sabía ni leer ni escribir.

No pongas esa cara, en esos años eran muchas las personas que no sabían leer ni escribir, ya que no tuvieron la oportunidad de ir al colegio, si bien ella tenía la sabiduría de la vida, la que no traen los libros: respetaba a los demás, nunca alzaba la voz, se esforzaba en su trabajo para hacerlo cada día mejor, daba siempre cariño y nunca pedía nada para ella y, sobre todo conmigo, tenía mucha paciencia, pues a veces era tan revoltosa como tú. En fin, Miguel, ahora no lo entiendes, pero me enseñó a ser libre, aunque eso es otra historia.

Y Miguel dijo, como si no la escuchara:

- ¿De verdad está la casita de Blancanieves?
- Sí, en Huesca, en el parque Miguel Servet, cualquier día de estos iremos a leer juntos y volveré a soñar.

FANTASÍA DE ENSUEÑO

por

Eloy López

Andar caminos, desandar rutas imposibles por esos senderos de Dios, a través de parajes insólitos y paisajes maravillosos como de ensueño. Subir y bajar ribazos cubiertos de plantas primaverales, de nuevas y espléndidas flores, como ornamentos de la primavera. Campiñas nevadas de mil colores.

Había sido una noche fría, aunque la primavera avanzaba rápida e inexorablemente hacia la calidez de mayo. Retazos de la escarcha, caída en la madrugada, se obstinaban en desaparecer de los recovecos más umbríos. En la solana, las gotas de agua, restos de la *rosada* templada por el sol, cubrían las hojas y algunas flores tempranas de la flora primaveral, formando un espectáculo de brillantes reflejos irisados.

Caminaba con andares rápidos por el repecho de aquel serpenteante atajo, bordeado de gayubas de verdes y lustrosas hojas y bayas rojas arracimadas, en hermoso contraste cromático (me llenó de extrañeza ver esta planta tan hermosa con sus frutos maduros en esta época del año). Salté regueros todavía heridos por la escarcha, admiré el romero en flor y pude gozar del aroma de la lavanda y el tomillo. Mi agilidad era sorprendente: el cansancio no me molestaba ni notaba ningún malestar propio de mi talluda edad.

Después de un breve tramo difícil de sortear por lo escarpado del camino, culminé la subida en un altiplano que, para mi sorpresa, aparecía bellamente engalanado con una alfombra de todo tipo de plantas floridas. Allí convivían en extraordinaria armonía los tomillos, cuajados de diminutas flores blancas y rosáceas, las margaritas, vistiendo de blanco su rubia y grumosa cabeza, y los dientes de león, con sus flores áureas y pelos plumosos y los frutos amarrados a sus bases. Casi a ras de suelo y sobresaliendo tímidamente por encima de la corta hierba se abrían las violetas silvestres y, elevándose sobre aquel conglomerado floral, se enseñoreaban las amapolas, de rojo

encendido. Al fondo, en el abrigo, los lirios envueltos en anchas hojas verde claro, mostrando sus grandes flores violáceas, completaban el maravilloso cuadro primaveral.

Siempre he presumido de conocer bien hasta el último rincón de esta tierra, pero aquello me sorprendió gratamente por el inusual y extraordinario ropaje que vestían todas las plantas. Por un momento hubiera deseado plantar mi tienda y, cómodamente sentado, contemplar, en un estado cercano al embeleso, aquella tormenta de flores hasta verla madurar por el calor del estío. Acompañando a esa esplendida visión faenaban multitud de pájaros, que, con sus encendidos trinos, formaban una algarabía sinfónica magistral: omnipresentes gorriones, melodiosos jilgueros, vanidosas abubillas y, en la lejanía, como sobresaliendo de todos los demás, el ruiseñor, con su hermoso y complejo trino.

Con gran pena continué mi peregrinación por aquellos maravillosos e idílicos parajes con intención de bajar hasta el cauce del río cercano. Al asomar la mirada sobre la profundidad del terreno, el espectáculo que apareció ante mi vista fue tremendo: una blanquísima y densa niebla, como montones de algodón recién cosechado, ocultaba toda la cuenca, tragándose los álamos, olmos y fresnos, así como los zarzales de moras, endrinos y escaramujos que proliferan por todo el soto. Hasta el viejo molino, abandonado desde tiempo inmemorial, motivo de innumerables y fantásticos relatos de hermosas molineras, aparecía invisible bajo las nubes. Aquella imagen del pequeño valle, oculto por semejante velo, no era normal. La naturaleza suele ser muy caprichosa con los elementos atmosféricos, pero lo que yo veía en ese momento no podía ser real. No en esta época del año.

A pesar de mi extraña impresión, decidí descender hasta la orilla misma del río. Me deslicé lentamente por un suelo de pizarra, difícil de andar, hasta los primeros matorrales, que suavizaron mi caída. A continuación, tuve que cruzar un plantío de punzantes aliagas con flores de color amarillo vivo que, con sus pequeñas ramitas cubiertas de espinas, deberían haber mortificado mis piernas. Pero, en contra de lo que pensé, prácticamente no sentí dolor alguno. La visibilidad al ir adentrándome en la niebla se fue haciendo menor. La aliaga dio paso a perennes chaparros y enebros de bayas con sabor a licor de ginebra. Una gran profusión de escaramujos y zarzamoras me recibió al llegar a la misma base del soto, prácticamente al lado del río. Oía el murmullo del agua, pero no podía ver la corriente. El paso se me fue cerrando y a duras penas podía seguir, pues los tentáculos de las zarzas me abrazaban, clavando sus afiladas

espinas en mi ropa y haciendo mella en mi carne alguna de ellas. Estaba desorientado y no podía avanzar por aquel enrejado espinoso.

Cuando empezaba a desesperar y a pensar en retroceder, escuché a lo lejos una suave melodía, como el tarareo de una canción. La voz era de mujer y logré entender algo así como estas palabras:

“Aguas molineras, cantarín arroyo,
que beber quisiera y apagar mi sed”.

Acto seguido, me fui acercando hacia la alegre voz cantarina. Poco a poco, el sonido se fue haciendo más nítido.

“Sentada en silencio, al borde del agua
enfriar mi cuerpo y mi voraz pasión.
Abrir un instante mi libro de adentro
y encontrarte a ti”.

En un momento, la niebla se disipó en aquella zona y pude orientarme mejor entre aquel amasijo de ramas punzantes. Protegiéndome con mi ropa, seguí avanzando hacia lo que parecía un claro en la vegetación. La voz se volvió a escuchar, ahora con gran claridad.

“Cuánto me recuerda tu pelo moreno, tus ojos de miel,
y tu boca, ¡ay! tu boca.
Que beber quisiera y apagar mi sed”.

De mala manera, conseguí abrimme paso entre la maleza y salir a la zona despejada. Un pequeño prado junto al alegre torrente se abría ante mis ojos. De pronto, como a diez pasos de donde yo estaba y de espaldas a mí, apareció una mujer vestida completamente de un blanco inmaculado. Su pelo era negro como la noche y lo recogía en una trenza que llegaba hasta su cintura. Su cuerpo esbelto iba ceñido sobre su talle con un adorno refulgente como las estrellas. Petrificado, no supe qué hacer y mi cabeza dejó de funcionar. No sé cuánto tiempo estuve en estado de conmoción. Me avivó una voz lejana que repetía mi nombre. La mujer seguía allí dándome su espalda. Me estaba acercando un poco más a ella cuando, casi de inmediato, volví a oír más fuerte la llamada, reclamándome. Curiosamente, empecé a percibir el aroma del perfume que emanaba de la prodigiosa dama, olor bastante familiar para mí. Ya estaba a dos pasos de

la mujer y a un soplo de rendirme a su blanca belleza, cuando, en un relámpago de tiempo, se volvió hacia mí y, al intentar ver su rostro, recibí tal descarga luminosa que al instante quedé totalmente cegado.

El reclamo de mi nombre, el perfume que emanaba de la mujer y el destello de luz me sumieron en la confusión total. En ese momento, noté que una mano me zarandeaba cariñosamente. Oí mi nombre con toda nitidez y una voz diciéndome que me despertara, que ya era tarde. Mi esposa me llamaba y había encendido la luz del dormitorio. Entonces comprendí por qué me resultaba familiar el perfume de la enigmática dama: era el que normalmente usaba mi mujer.

EL VIEJO, EL BURRO Y EL SACO DE CEBADA

por

Eloy López

Érase una vez un anciano padre que vivía con su hijo de mediana edad en un pueblo insignificante, sito en una de las provincias más deprimidas y pobres de España. El padre, además de la edad, tenía el mayor problema que una persona pobre puede tener: la avaricia. El hijo era un joven aquejado de cretinismo, enfermedad muy propagada por aquellos lares. La madre había muerto hacía bastantes años a edad prematura, dejando en el más absoluto desamparo al marido y al retoño de pocos años. Vivían padre e hijo solos en una vieja casa del centro del lugar. La morada distaba mucho de estar medianamente cuidada. Con mirar la fachada, a falta de un buen encalado y con el enlucido de la misma cayéndose a trozos, y ver el mal estado de la puerta que daba acceso desde la calle al interior, se podía adivinar el deterioro del sitio. Solo había en esa fachada algo digno de ser mostrado. Encima del dintel de la puerta, curiosamente, se conservaba un bajo relieve esculpido en alabastro que representaba a un obispo yacente, antepasado de algún antepasado de nuestros protagonistas. Era casi seguro que aquella casa era el lugar de nacimiento del prelado. El hecho de contar con antecesores ilustres solo demostraba que el menoscabo existencial de aquella familia había sido tremendo.

El interior de la casa no deparaba mejor suerte. El patio era la primera habitación que se encontraba nada más cruzar el umbral de la entrada, su suelo era un empedrado de épocas muy remotas, bastante desgastado por el tiempo y el uso. Seis sillas de desfilachada anea y una mesa de madera carcomida constituían todo el mobiliario. A continuación, a la izquierda, estaba la cocina, oscura como una traición y con un fuerte olor a hollín procedente de un fogón de leña. Dos bancos corridos, uno a cada lado del hogar, tapizados con pieles de cordero, servían de asiento. Un poco a la derecha, por un pasillo, se desembocaba en una pequeña y tenebrosa cuadra con un pesebre hundido, habitada por un inquieto y siempre hambriento burro. Al fondo, un corralillo con cuatro gallinas y seis conejos para el consumo habitual. Por unas escaleras de yeso arratonado,

con un pasamano de madera apolillada a punto de caerse en pedazos, se subía a un segundo piso. Allí, dos habitaciones casi desamuebladas hacían de dormitorios. Una sala era para el padre, cuya cama consistía en un entrelazado de cañas de forma rectangular, atado al techo con cuatro resistentes cuerdas (una en cada extremo) para soportar el peso del viejo. El cuartucho disponía de un armario desvencijado que albergaba en su interior el atuendo de boda del padre –reservado para utilizarlo como mortaja–, el traje de pana de los domingos, una muda limpia y la bufanda de astracán para los fríos, regalo de un tío lejano adinerado. La otra estancia, ocupada por el hijo, tenía un maltrecho catre para el descanso nocturno, que, junto a una vieja mesilla de noche donde guardaba los moqueros de tela y la poca ropa interior que poseía, constituía todo el mobiliario disponible (el resto de su vestuario lo colgaba en dos clavos hincados en la pared). La parte superior la ocupaban los graneros con unas pocas provisiones de cereal (tres sacos de cebada) para el sustento de los animales domésticos y toda una serie de aperos de labranza en desuso.

En aquella casa nadie trabajaba. La única ocupación útil la ejercía el hijo sacando a pacer el burro por la abundante hierba de los campos cercanos, con lo cual ahorraban el poco pienso almacenado en los graneros. El dinero que entraba en aquella casa provenía de las exiguas rentas que producían cuatro campos todavía sin vender y que tenían alquilados en régimen de aparcería. El pequeño capital, así como entraba en el hogar, salía, pues el viejo lo ingresa casi íntegro en la caja de ahorros del pueblo, ya que, según decía: “¡Ah pes!, hijo mío, para nosotros dos, con poco dinero tenemos bastante, es mejor que nos lo guarden en el banco”.

La vida transcurría con normalidad hasta que, un día de finales de primavera (¡en mala hora!), los visitó el empleado del banco donde tenían depositado su dinero. El celoso asesor financiero comunicó al rancio ahorrador la obligatoriedad de realizar la declaración anual de renta, ya que sus ingresos excedían los mínimos impuestos por la ley para acogerse a la exención. “¿Qué yo tengo que declarar la cuantía de mis ahorros?”, preguntó el viejo. “Sí –contestó el empleado–, es obligado y conveniente”. “¡Pues no quiero que nadie sepa cuánto dinero tengo y menos el gobierno!” exclamó el anciano airado. “Mire, no sea terco, si no hace su declaración de renta, le pueden multar e incluso embargar y eso sería muy lamentable”, le avino el del banco. La discusión se prolongó durante largo tiempo, con un arcaico personaje cada vez más encolerizado y sin dar su brazo a torcer en ningún momento.

Cuando el empleado del banco estaba a punto de dejarlo en paz por haber agotado todas sus justas razones, el longevo ahorrador le dijo: “Quiero que mañana a primera hora tengas preparados todos mis ahorros para traérmelos a mi casa, que yo sabré guardarlos a buen recaudo sin necesidad de dar a conocer a todo el mundo el poco dinero que tengo”. Luego añadió, ante la estupefacción del asesor: “De la declaración de la renta te vas olvidando, que no pienso hacerla”.

Cuando el viejo dispuso de todo su dinero, no paró de cavilar la forma de esconderlo en un lugar donde nadie conociera su paradero –ni siquiera su propio hijo. Al fin tuvo la feliz idea de enterrarlo dentro de uno de los sacos de cebada que tenía en el granero de su casa y que previamente había separado para que su hijo no tuviera ocasión de utilizarlo.

Así como fueron pasando los años, el dinero del saco fue aumentando, ya que todos los ahorros de la pobre familia iban a parar dentro de él. Lo que no tuvo presente el anciano padre es que tarde o temprano tenía que morir. Y lamentablemente así ocurrió. Fue de repente, sin previo aviso. Una noche se durmió y nunca jamás despertó.

Todo fue tristeza y llanto por parte del hijo, pues el porvenir que tenía ante él era bastante descorazonador. La familia, en principio, no quiso saber nada de un medio tonto y, finalmente, el pobre hijo se quedó solo en su casa, apañándose como pudo. Malvivían él, su burro y los demás animales del corral. Por algún tiempo se olvidó de dar de comer a sus compañeros, hasta que un día el burro no pudo más y de puro hambriento empezó a rebuznar y a dar patadas por todas las paredes de la cuadra. De esta manera, el joven cretino se dio cuenta de su descuido y, ni corto ni perezoso, subió al granero y, tomando el saco de cebada que había apartado su padre, lo volcó sobre el pesebre de la oscura cuadra para que pudiera comer el pobre borrico.

Al poco tiempo, la familia del difunto recapacitó y llegó a la conclusión de que el viejo, que nunca gastaba nada, debería tener algún dinero guardado. Fueron todos juntos, como una piña, a la caja de ahorros del pueblo, para, de esta manera, sondear al empleado sobre la existencia de alguna cuenta que delatase el caudal pecuniario de su pariente. El trabajador del banco no tuvo ningún pudor en confesarles que la única cuenta que había existido a nombre del anciano fue cancelada hacía años por su titular.

A base de halagos y falsos cariños interrogaron al hijo para obtener información sobre el paradero del dinero. Como nada sabía el huérfano, nada dijo. Entonces, al no sacar nada en claro del tonto, lo alejaron de la casa y, de esa manera, tuvieron libertad para revolver toda la vivienda con el fin de encontrar las *perras*. Ya lo daban todo por

perdido, cuando a uno de los familiares se le ocurrió, como último recurso, dar una vuelta por la cuadra. Como la habitación del burro no tenía luz, fue necesario disponer de una farola para iluminar la estancia. Cuál sería su sorpresa cuando, apartado el burro para tener acceso al pesebre, se encontraron con restos de billetes timbrados entre la paja, verdes como la alfalfa, destrozados y comidos todos ellos por el famélico asno.

Todo se perdió, pues la avaricia precipitó el desastre.

CUCHITA

por

Blanca Laseca

Cuchita era una periquita. Cuando la vi en una pajarería, tan alegre, movida, vivaz, ¡preciosa, en una palabra!, me la llevé a casa.

Era de color amarillo; los periquitos de este color, por lo que me enteré más tarde, son de una genética muy delicada, y bien que lo comprobé más tarde.

Sus alas eran frágiles, no tenía fuerza, por lo cual tenía poco vuelo, caía; esto me causó pena y dolor. Por ello mi cariño hacia el animalito aumentó y la trataba con delicadeza y mimo. La paseaba por la casa sobre mi hombro, le acariciaba su plumaje...

Tenía un compañero de color verde que era todo lo contrario: fuerte y vigoroso. Yo les abría la jaula para que volasen, cada cual con sus fuerzas, la una a medias y el otro demasiado, hasta que en un descuido mío el macho se marchó por la ventana...

Pusimos carteles por todo el barrio para ver si alguien lo había encontrado, pero todo fue en vano.

Compré otra pareja para mi periquita, para que no estuviese sola.

El resto de su vida, creo, fue feliz, aunque siempre delicada. La puesta de huevos la dejaba extenuada. Hasta que en su última puesta murió.

La enterré con toda delicadeza y con mucho dolor.

Hoy la recuerdo con una mezcla de pena y añoranza. ¿Es posible que se pueda querer tanto a un animal tan pequeño? Para mí, sí.

LA DUDA

por

María del Carmen Mata

Bueno, creo que ha llegado el momento. Dentro de una hora tendré que pasar por esta nueva experiencia.

Yo pensaba que este día no iba a llegar, pero he oído conversaciones y todos consideran que ya estoy preparado.

Por lo que he podido averiguar, es una experiencia que no a todo el mundo le gusta. Hay quien piensa que es impactante, a otros los deja indiferentes y a muchos no les gusta nada.

Yo llevo algún tiempo preparándome para el acontecimiento, aunque no tengo claro cómo va a ser. Hasta ahora todo ha sido rutinario en mi vida, nada de sobresaltos. Todo ha sido previsible; mi mundo ha sido fácil, alegre, yo he sido feliz. Solamente en alguna ocasión mis deseos no han sido satisfechos pero, por lo general, todo el mundo se ha desvivido por complacerme y hacerme disfrutar.

No sé por qué se empeñan en hacerme salir de esta rutina. Yo así estoy muy bien y no tengo ninguna gana de cambiar.

Mi abuela opina que ya tengo edad y que si no la pruebo no me haré hombre. Mi padre dice que no es para tanto y mi madre se limita a seguir las instrucciones que le da la señora a la que vamos a visitar los dos una vez al mes.

Lo cierto es que tengo mucha curiosidad. ¿Cambiará mi mundo? ¿Dejarán de estar todos pendientes de mí? ¿Me gustará?

Dentro de una hora se aclararán todas mis dudas.

POR FIN, HOY, VOY A COMER MI PRIMER PLATO DE SOPA.

HISTORIA DE PITULÍ

por

María Blanca Morondo

Había una vez un gorrión muy, pero que muy atrevido. Sus papás pájaros, desde que salió del huevo, se empezaron a preocupar por él, porque Pitulí, que así lo llamaron, enseguida que rompió el cascarón, quiso empezar a volar. Imposible, casi no veía, tenía unas alitas muy pequeñas y, sobre todo, no tenía plumas, solo le cubría el cuerpo un plumoncito muy suave que no le servía ni para darle calor.

– Si soy un pájaro, ¿por qué no puedo volar?

– Primero tienes que hacerte mayor –le decía papá pájaro.

– ¿Tan grande como tú? –preguntó Pitulí.

– No solo grande, tendrás que aprender a pensar –dijo papá.

– ¿Y cómo se hace eso?

– De momento, escuchando y obedeciendo a todo lo que te digamos, así que no te muevas del nido, que vamos a buscar comida. Y dicho esto, papá y mamá pájaro se fueron volando.

La verdad es que se estaba calentito en casa, todo estaba seco y era confortable. Si asomaba un poco la cabeza, no era moverse mucho, pensó. Y, ni corto ni perezoso, fue hasta el borde del nido, pero, ¡qué rabia!, estaba lleno de ramitas y hojas y no se veía nada. Se asomó un poquito más y de repente se encontró con una cabeza enorme, unos ojos enormes y una boca con unos dientes enormes, que se estaban comiendo una nuez.

– ¡No me comas, por favor! –gritó Pitulí muy asustado.

– ¿Comerte yo? Ni lo sueñes, yo no como pájaros, y menos tan birriosos como tú! Yo soy una ardilla, canijo inculto.

– Perdona –dijo el pajarín canijo–, pero una cosa es ser canijo y otra muy distinta ser maleducado.

– Te perdono –dijo la ardilla–, y en prueba de buena voluntad, ya que te falta cantidad de rodaje, te voy a presentar algún animal que otro.

Y sacó una foto de su bolsillo.

– Esto es un tigre, no te fíes de él, porque en cuanto pueda te comerá. Bueno, me he cansado de hablar contigo, así que, si me viene bien, mañana seguiremos.

A Pitulí le vino de maravilla, porque estaba muy cansado. Buscó un rinconcito en el nido y se quedó profundamente dormido.

(Continuará)

Continuación:

Cuando el sonido de las alas y los gritos de alegría de sus padres llegó a los oídos de Pitulí, este se despertó de muy buen humor. Comió sin rechistar toda la comida que le trajeron, que era mucha, y ahuecando muy ufano su plumoncito, esperó pacientemente a la señora ardilla, “la viajera”, como pensó en llamarla.

Ya se estaba impacientando cuando escuchó el ruido de las nueces al romperse y, efectivamente, ahí apareció “la viajera”.

– ¡Hola, pajarillo insignificante! –le dijo muy tiesa y sin parar de comer nueces– ¿Cómo no te aburres, todo el día metido en ese nido, con la cantidad de cosas que hay para ver?

– Pues, sencillamente, es que no he aprendido a volar todavía, o ¿te crees que eso se aprende de un día para otro?

– Bueno, bueno, no te enfades, solo quería presentarte a mi amigo Moni, es único para encontrar frutas en cualquier sitio. En realidad se llama Monikako, pero todos en este bosque le llamamos Moni.

– ¡Hola, Pitu!

– ¡Hola, Moni!

De la forma más normal, Pitulí hizo un nuevo amigo. Moni le contó que era un mono y que había conocido a “la viajera” en la India, pero que ahora se había instalado en el Peñón de Gibraltar, donde vivía el resto de su familia.

– Soy hijo único como tú y tengo unos papis estupendos. Como soy mayor, me dejan viajar, pero en compañía de mi amiga “Coli”, a la que llamamos así por la cola tan hermosa que tiene.

– ¡Así que “la viajera” se llama Coli!

– Estaba pensando –dijo Moni– que, como ya te estás haciendo mayor y tienes fuerza en las patas, ¿por qué no te coges al pelo de Coli y nos damos una vuelta por ahí?

– No es mala idea –pensó Pitulí y, sin pensar, se subió, ayudado por Moni, encima de la ardilla.

En pocos segundos estaban saltando de rama en rama. Le fueron explicando lo que eran los ríos, montes, casas, vacas, ocas y cantidad de animales, además de bosques preciosos. Pitulí estaba encantado, pero empezaba a sentir hambre.

– Pues chico, nosotras no comemos gusanos ni porquerías de esas, así que te aguantas. Esta contestación no gustó nada al pajarico y pensó: “Si estuviera en mi casa, mis papás me darían la comida”.

– ¿Podéis llevarme de vuelta a casa? –preguntó. Había caído la noche y todo se estaba poniendo muy oscuro.

– La cosa es que yo tengo una prisa tremenda –dijo Coli–, no me acordaba de que he quedado con unas amigas para cenar.

Así pues, Coli dejó a Pitulí en las manos de Moni, y se largó dando saltos.

–Bueno –dijo el monito–, yo no sé dónde está tu casa, me ha llevado Coli, así que será mejor que te quedes en el agujero de este árbol y que vaya a preguntárselo.

Y también se fue.

– Piensa, Pitulí, piensa... Como te dijo papá... pero papá te dijo que no te movieras del nido, y que primero tenías que obedecer...

¡Qué susto tan grande le entró! Empezó a llorar desconsoladamente, le entró un miedo terrible. ¿Qué hacía allí solo, en un sitio desconocido y sin saber volar? Además, aunque sus alas fueran ya grandes, ¿dónde estaba su casa? Y lo más gordo es que había desobedecido a papá.

Lloraba y lloraba sin parar con unos píos que daban muchísimas lástima. Ya había pasado casi toda la noche cuando apareció por allí la señora Picaraza.

– ¿Qué escándalo es este, que no nos dejáis dormir?

– Es... que... –dijo entre sollozos– me han dejado aquí unos amigos... y no sé volver a casa.

– Tú no serás el hijo de la pareja de cirrines que viven cerca del río Al revés, ¿verdad? Porque andan tus padres como locos buscándote desde la mañana. ¿Te llamas Pitulí?

– Sí, señora pájara.

– Anda, súbete encima, que te llevo a tu nido, así pararás de llorar y nos dejarás dormir un poco.

El pajarín se tranquilizó un poco, se subió sobre la picaraza y le dio las gracias por ser tan amable. Cuando llegó a su nido, sus padres lo recibieron con mucha alegría. Le lavaron las plumitas, que ya le iban saliendo, le dieron de comer y, cuando se le pasó un poco el susto, papá y mamá se pusieron muy serios y le hablaron así:

– Estábamos destrozados pensando que te había pasado algo y que no ibas a volver. Hemos llorado por ti, te hemos buscado y casi nos volvemos locos de tristeza, y todo por una desobediencia. Cuéntanos cómo ocurrió todo y no nos vuelvas a dar un disgusto tan grande como este.

Pituli les contó todo con pelos y señales y también les pidió perdón, con la promesa de que siempre les haría caso, aunque no entendiese muy bien el porqué. Cuando fue mayor les entendió perfectamente.

Al día siguiente, cuando aparecieron los que decían ser sus amigos, mamá picó en el culo a la ardilla mientras papá le picaba al mono.

A Pituli le dio la risa, pero sus papás juntaron a los tres animalitos y los volvieron a reprender por todo. Así aprendieron que lo agradable es decir la verdad, obedecer y tener buenos amigos, cuando se portan bien, ¡claro!

¡¡AQUÍ ME LAS DEN!!

por

Isabel Pallas

Había una vez una ciudad que se llamaba Cesaraugusta. En las afueras había un precioso parque y un frondoso pinar separados por un gran canal.

Este era el lugar de la historia: aguas tranquilas habitadas por patos y ocas que reposaban tranquilamente en las orillas esperando a que llegara la tarde para que los alimentasen, algo que venía ocurriendo desde hacía tiempo

Sin saber cómo y por qué, un buen día dejó de llegar la comida. Los habitantes del canal empezaron a preocuparse; sin embargo, nadie se movía, esperando que siguiera todo como antes.

Alfonsa, una pata que había sido mamá hacía poco, echó un vistazo a su alrededor y se dio cuenta de que el panorama no pintaba nada bien. Bocas abiertas, protestas y alguna que otra pelea, pero todo el mundo seguía sin moverse. De repente, sin pensarlo dos veces, se tiró al agua y preguntó a sus vecinos:

– ¿Alguien quiere acompañarme a buscar comida? Así no podemos continuar.

Tras ver el éxito de su invitación –malas caras y abucheos–, decidió ir sola con sus hijos.

– Algo aprenderán –pensó–, al menos sabrán nadar.

Empezó a nadar. Detrás de ella, sus patitos. Vio que el canal era grande y que además de ellos vivían otros seres diferentes que iban de un lado a otro. También se dio cuenta de que en las orillas había otras plantas que en días de mucho calor les darían sombra. Siguió investigando y notó que algo le había dado en las patas, metió la cabeza y, al salir, tenía la boca llena de ese algo. Tardó en acostumbrarse a su sabor, pero no estaba mal. No era lo que esperaba, pero ya tenían comida. Y decidió quedarse allí.

Pasaron unos días y sus vecinos, al ver que Alfonsa no volvía, decidieron ir en su busca. A pesar de todo lo machacona que era, la apreciaban. Siguieron su mismo camino y vieron a una mamá y a su prole sanos y, lo más importante, felices.

Le pidieron disculpas y vieron que el canal era más grande que el espacio que ocupaban, solo había que moverse y conocer.

EL DESTINO

por

José Ignacio Peñalva

Su avión salía a las once. Eran las siete de la mañana cuando sonó el despertador. Se incorporó y se puso las gafas para confirmar la hora. Mientras se despertaba, sintió que aún estaba bajo los efectos del impacto que le había producido la película que vio con sus amigas el día anterior. Le gustó muchísimo, y no solo porque Ricardo Darín fuera su protagonista, que también: era una excelente película, pero es que, además, le había recordado a su padre, aquel hombre entrañable que, muchos años antes, repasando las noticias necrológicas en El Correo, cuando detectaba algún caso en que la muerte se había producido de un modo absolutamente inesperado, solía pontificar:

– ¡Le tocaba!

Para él, el destino estaba escrito, prefijado: pensaba que todos avanzamos inexorablemente hacia el nuestro. Creía también que, en el trayecto, la sorpresa surge cuando nuestro camino atraviesa circunstancias inesperadas, y muy especialmente cuando se entrecruza con el de otros de una forma imprevisible.

En la película *Un cuento chino*, el destino entrelazaba curiosa y entrañablemente las vidas de los protagonistas: un argentino y un chino. El primero, un hombre sumamente peculiar y solitario, que nunca había salido de su entorno urbano más próximo; el segundo, un chino provinciano, que no hablaba una sola palabra de español y que había llegado a esa ciudad en busca de un familiar, después de que un increíble accidente le dejara solo en el mundo, allá en China: una vaca cayó desde un avión sobre su novia, con la que se encontraba plácidamente en una barca sobre las aguas de un hermoso lago.

Se duchó, se hidrató la piel, como hacía cada mañana, y, todavía en bata, se fue a la cocina. Su desayuno era siempre frugal: un café bien negro, un bol de cereales con leche fría y un vaso de agua para, como ella solía decir en broma, fluidificar los capilares.

En su cerebro bullían recuerdos de historias improbables, parecidas a la de la vaca, que, de un modo u otro, habían llegado a sus oídos:

Una leyenda dice que Esquilo, dramaturgo griego que escribió cerca de ochenta tragedias sobre la lucha del ser humano contra el destino, la sociedad y la tradición, y en las que, casi siempre, el hombre perdía la batalla, murió mientras paseaba por el campo: la tortuga que un águila llevaba en sus garras cayó sobre su cabeza porque el ave confundió su calvicie con una roca.

Mientras bajaba la maleta del altillo del armario, continuó dando vueltas a estas ideas, preguntándose si el azar existía o no, si Dios era una quimera o si era cierto que estaba ahí, todopoderoso, que nos veía y que todo lo sabía, incluyendo el futuro de cada uno de nosotros, porque este ya estaba prefijado.

El sr. Dávila, aquel profesor de Estadística de la Escuela de Ingenieros, decía, mientras caminaba por el estrado del aula: “Los sucesos de ínfima probabilidad no deben jamás ser calificados como imposibles: no es descartable, aclaraba, que un arquero clave su flecha de un modo perfectamente perpendicular en el mismísimo centro geométrico de la diana, aunque, ciertamente, es muy improbable que ello suceda”.

Miró al reloj y se dio cuenta de que empezaba a ser tarde. Si no se apuraba, podía perder el avión y eso iba a ser un problema: la esperaban en Londres, a las cuatro de la tarde, para una reunión muy importante. Ella desempeñaba un papel fundamental en el asunto que iban a tratar, y del éxito de su gestión iba a depender, en buena parte, la firma de un sustancioso contrato, vital para la empresa. ¡No podía faltar!

Cuando tenía doce o trece años, veraneando en Logroño con mis padres, escuché que se había producido un accidente singular: un pobre hombre, que tomaba el sol felizmente sobre una lastra, junto al río Iregua, murió aplastado por un camión que se salió de la carretera en la curva de entrada al puente. Este fue de los que llevaron a mi padre a exclamar aquello de “le tocaba”.

Un poco apurada (“tendría que haber dejado todo preparado antes de acostarme”), llenó la maleta con lo necesario para sobrevivir en Londres cuatro días. Se vistió, maquilló, peinó y se puso las gafas. Se gustó en el espejo: iba sencilla y discreta, pero elegante. No iba a tener tiempo para cambiarse de ropa antes de la reunión, así que tenía que viajar con el atuendo adecuado para la ocasión.

Apresuradamente, se dirigió hacia el ordenador. Comprobó que había grabado todo lo necesario en el *pen drive*, que aún estaba conectado, lo desenchufó y lo metió en

el maletín junto con las copias del contrato, los documentos de apoyo que consideró importantes para la reunión y el libro que estaba leyendo en esos días: El juego del Ángel, de Carlos Ruiz Zafón.

Comprobó que llevaba en el bolso el DNI, el billete, las tarjetas de crédito, la reserva de hotel y... ¡el móvil! Era importantísimo llevar el teléfono móvil y... ¡ah!, el cargador. Verificó rápidamente que su nombre estaba bien escrito en el billete: Silvia Boudet Martínez.

Volvió al baño, se hizo los últimos retoques en la cara y el pelo, se miró de nuevo en el espejo y, esta vez sin tiempo para gustarse, se quitó las gafas (las necesitaba solo para ver “de lejos”), cerró la maleta, salió al recibidor, se puso el abrigo y un pañuelo de cuello, se colgó el bolso en un hombro, cogió el maletín con una mano, la maleta con la otra y salió casi corriendo del apartamento, sin recoger ni limpiar nada. En pocas horas llegaría la asistenta para poner un poco de orden.

¡El siguiente viaje tengo que prepararlo mejor! Esto de llegar siempre en el último minuto no puede ser bueno.

Eran ya las nueve cuando el coche salió del aparcamiento y enfiló la ruta hacia el aeropuerto. Llovía blandamente, y eso, unido a la hora y a que era lunes, hacía que el tráfico estuviese muy pesado. Empezó a ponerse nerviosa ante la perspectiva de no llegar a tiempo al aeropuerto.

El reloj de la entrada del aparcamiento marcaba las 9:55. Bajó todo lo rápido que pudo los dos pisos, consiguió aparcar sin golpear ni las columnas ni la pared. Salió del coche y, tras ponerse el abrigo y el pañuelo, se alejó a paso ligero, casi corriendo, con el bolso en bandolera, el maletín en una mano, arrastrando la maleta con la otra, y siguiendo las indicaciones de las señales de “SALIDAS”.

El proceso de facturación fue rápido. Ya no había nadie en la cola. Otra cosa fue el paso por los controles de seguridad. Aquellos guardias no se hacían cargo de la situación, y la gente de la fila tampoco: tuvo que pasar tres veces por el maldito arco: primero los pendientes, luego un brazalete y por último las puntas de los zapatos. Acabaron cacheándola.

Enfiló el pasillo de embarque mientras la megafonía desgranaba el mensaje: “ULTIMO AVISO PARA LOS PASAJEROS DEL VUELO BA325 CON DESTINO A LONDRES. EMBARQUEN POR LA PUERTA B28, POR FAVOR”.

En la puerta de embarque solo quedaba una azafata que verificó su tarjeta y su DNI rápidamente y le dio paso hasta el avión a través del *finger*.

Sudaba dentro del abrigo, sentía que su corazón latía intensamente, pero dio todo por bueno: *¡Menos mal! He llegado en el último minuto, pero ¡a tiempo!*

Intentando relajarse, avanzó por el pasillo del avión hacia su asiento, el 15A. Ella era la última. Todos los demás pasajeros estaban ya sentados.

No puede ser. El avión va lleno y no veo ningún sitio libre. Sí. Es la fila 15 y ¡está totalmente ocupada! Me voy a poner las gafas para estar segura de que la fila es la correcta.

Se puso las gafas. Ahora veía perfectamente y...

¡Sí! ¡Aquella estúpida se ha equivocado y se ha puesto en mi sitio!

Tratando de controlar la descarga de adrenalina que estaba llegando a su cerebro, pero sin poder evitar un cierto aire de cabreo y altivez, se dirigió a la pasajera que ocupaba su sitio:

– Hola, buenos días. Creo que se ha equivocado.

Esta contestó mientras rebuscaba en su bolso:

– ¿Está segura? Yo diría que he controlado bien mi asiento. Espere un momento. A ver...

Por fin apareció la tarjeta. La pasajera, con aire tranquilo y displicente continuó:

– Lo siento pero mi tarjeta de embarque indica que mi sitio es el 15A, así que debe de haber un error en la suya.

¡Pero será cretina...!

Roja de ira, levantó la vista y gritó:

– ¡Azafata! ¿Quiere hacer el favor de aclarar esto? ¡O esta señora está ocupando mi sitio o su compañía ha cometido un grave error en la venta de los billetes!

La azafata llegó presurosa. Los pasajeros, intrigados y un punto divertidos, observaban atentamente la escena.

– A ver... –dijo la azafata mientras chequeaba los datos de las dos tarjetas de embarque–. Su asiento es el 15 A, y el suyo... también el 15 A.

– Su nombre... Silvia Boudet Martínez y el suyo... ¡Es increíble! El suyo... ¡también es Silvia Boudet Martínez! ¡Ajá! –exclamó entonces con un brillo especial en los ojos, como de triunfo, mirando a la airada pasajera que tenía delante– Me temo que ya sé lo que pasa: el control de embarque se ha hecho de prisa y erróneamente. Usted, que venía corriendo y apurada, ha debido de equivocarse de puerta de embarque: este avión va hacia Frankfurt y usted quería ir a Londres. ¡El embarque para ese avión era por la

puerta B29 y el del que usted quería tomar, por la B28, que está justo enfrente, al otro lado del pasillo!

*¡Ostras! ¡Es verdad! ¡Al llegar a la zona de embarque no llevaba las gafas!
¡Seré imbécil! ¡Qué vergüenza! ¡Qué manera de hacer el ridículo!*

Haciendo gala pública de su profesionalidad, la azafata dijo:

– Voy a contactar de inmediato con la tripulación de su avión para ver si todavía tiene la opción de volar, pero me temo que no va a ser fácil...

Llevaba un buen rato sentada en una de las áreas de espera. Había hecho las gestiones de reasignación de vuelo y refacturación de su maleta. También había conseguido hablar con su jefe, quien se lo tomó mejor de lo que ella esperaba, y con todos los invitados a la reunión, que, amablemente, estuvieron de acuerdo con posponerla para la mañana siguiente, a las nueve.

Ahora estaba más tranquila. Ya no le importaba llevar las gafas puestas. Su coquetería estaba bajo mínimos en ese momento: todavía sentía la vergüenza que le produjo aquella situación, especialmente por su propia actitud con la azafata y con aquella desconocida, que se llamaba exactamente como ella, y a la que habían asignado el mismo número de asiento. ¡Increíble, pero cierto!

Su avión salía cuatro horas después y pensó en sacar su libro para aprovechar el tiempo de algún modo, cuando algo llamó su atención: empezó a ver pasar gente corriendo por delante de la zona de espera, personal uniformado del aeropuerto, guardias...

El rumor de voces aumentó considerablemente y los futuros pasajeros empezaron a acumularse frente a los monitores de televisión con caras de honda preocupación. Un gran número de guardias se desplegó por toda la zona.

Se acercó a uno de los monitores y preguntó qué pasaba.

La respuesta estalló en su cerebro:

– El avión con destino a Londres (*¡En ese tendría que haber ido yo!*) había perdido el contacto con la base y era muy probable que hubiera caído al mar por efecto de una tormenta.

A su mente llegaron simultáneamente la vaca china, el hombre aplastado por un camión, la tortuga que mató a Esquilo, la posible omnisciencia de Dios y las palabras del sr. Dávila sobre los sucesos mínimamente probables.

Mi padre me habría dicho ahora: “¡Hoy no te tocaba!”

